

uno de estos traductores dedicó algunas páginas a la fundamentación de su elección. Cf. Kant, I., *Crítica del Juicio*, trad. de M. García Morente, Madrid: Espasa Calpe, 1977; Kant, E., *Crítica de la facultad de juzgar*, trad. de P. Oyarzún, Caracas: Monte Ávila, 1991; Kant, I., *Crítica del discernimiento*, trad. de R. Aramayo y S. Mas, Madrid: Alianza, 2012.

³ Frente a una tradición que incluye, v.g., al traductor argentino Mario Caimi. Véase: Kant, I., *Antropología en sentido pragmático*. Trad. Mario Caimi. Buenos Aires, Losada, 2009.

CATALÁN, M.: *Ética de la verdad y de la mentira. Seudología VI*. Editorial Verbum, 2015.

Nada tiene de extraño que filósofos e intelectuales tengan un tema favorito, del que no sólo son especialistas, sino que además les apasiona y a veces incluso parece que les obsesiona, tal es la cantidad de tiempo, esfuerzo, trabajo, estudio y energía que le dedican. Nos pasa a muchos. Cuando se trata de filósofos, tampoco es nada raro que dicho tema sea el de la verdad, que ya desde los orígenes presocráticos ha ocupado muchas mentes filosóficas, más o menos profesionales, y ha dado lugar, en sus diversas vertientes epistemológicas y morales a notables reflexiones, tratados y discursos (en qué consiste, cuáles son sus límites, cómo puede alcanzarse, su lugar en el universo moral etc.). Cuando el tema es la mentira, la cosa cambia y hacer de ella el tema central de la vida intelectual es casi (y sin casi) una originalidad.

Esto le sucede al filósofo y escritor Miguel Catalán, quien interesado, especializado y apasionado por la mentira, le ha dedicado tiempo, esfuerzo, trabajo, estudio y energía en cantidades asombrosas, como no puede sino esperarse de un intelectual trabajador, minucioso, perspicaz, agudo y erudito, a cuya mirada pocas cosas escapan y cuya mente nada deja por cuestionar. Si en su narrativa puede rastrearse sin dificultad el tema, es en su obra filosófica donde aparece de forma más notable. Y hay más. Igual que el emperador mogol Shah Jahan hizo construir el Taj Mahl para su esposa favorita muerta, Catalán ha construido para su tema favorito (que no está muerto sino muy vivo) no un mausoleo sino toda una disciplina, la Seudología. Según los diccionarios, que tanto gus-

tan a nuestro autor, pseudología es el nombre de un trastorno mental, que consiste en creer sucesos fantásticos como realmente sucedidos (RAE). Pero es también, despojada de la “p” inicial, y de manera más fiel al propio término, y gracias a Miguel Catalán, un tratado general sobre el engaño, la mentira, el mito y todo lo falso. Casi diría yo una ciencia.

Este gran tratado general de la Seudología ocupa ya seis volúmenes, de los cuales comentamos aquí el último. En los anteriores había tratado Catalán muchos aspectos del asunto: las utopías, el autoengaño, el secreto, el engaño de los dioses múltiples y únicos. Como no puede ser menos, en el título de casi todos los volúmenes anteriores aparecen términos que designan su tema favorito, “mentira”, “autoengaño”, “burla”. Pero en ninguno aparece el que tenemos ahora, que no solo menciona la mentira sino su contrario, la verdad. Hay para esto un buen motivo.

Difícil es hablar de la mentira sin hablar de la verdad, y en todos sus volúmenes seudológicos habla Miguel de verdad y mentira. Pero en este que nos ocupa hay algo que justifica la inclusión del término “verdad” en el título. Hasta ahora, lo que Catalán nos ha ofrecido ha sido, sobre todo, una cierta defensa de la mentira o, por decirlo con más precisión, de algunas mentiras. Ahora se trata sobre todo de un ataque a la verdad. Me explicaré.

Ya en el segundo volumen de su tratado (*Antropología de la mentira*) nuestro autor llamaba la atención acerca de lo que llamó *escándalo moral de la mentira*. “Vista desde fuera” comienza el prólogo de aquella obra, “la mentira es un enigma intelectual y un escándalo moral” Ambas cosas, enigma y escándalo, surgen al “observar la feliz convivencia de dos realidades en apariencia incompatibles: me refiero al odio universal hacia la mentira y a su práctica no menos universal”. Toda su obra seudológica es un intento (brillante, valiente, certero) de dar razón de ambos, enigma y escándalo, explicando estas dos realidades. Simplificando la riqueza de sus textos (por lo que pido mil perdones) podríamos decir que los tres primeros volúmenes se ocupan de la práctica universal de la mentira; analizando el autoengaño (esa práctica cuasi universal que nos ayuda a levantarnos de la cama cada mañana, truco de nuestro cerebro para maximizar las probabilidades de supervivencia del organismo, y que solo se debilita en los cli-

nicamente deprimidos) y el secreto (imprescindible para la preservación de la intimidad). Los dos volúmenes siguientes (*La creación burlada* y *La sombra del supremo*) tratan del engaño metafísico (la sospecha de la ilusión del cosmos, del fraude de la vida). Este sexto volumen, *Ética de la verdad y de la mentira*, se ocupa fundamentalmente de la primera realidad: el odio universal a la mentira.

“Magna quaestio est de mendacio”, como dijo Agustín de Hipona en su *Contra mendacium*. Y lo es porque el mentiroso arriesga su alma al desatender la prohibición absoluta de mentir, y por tanto la obligación absoluta de la verdad. Indagar en el origen, significado e importancia de esta prohibición absoluta de la mentira solo puede hacerse analizando el origen, significado e importancia de la obligación de la verdad. Por eso, en este volumen la verdad ocupa un papel central.

Ya al comienzo de la obra (p. 16) Catalán nos adelanta una de sus tesis principales “(...) el actual horror teórico a la mentira no es sólo la otra cara del culto a la Verdad, sino el vástago heredero del viejo *horror mendacii* o terror espiritual al pecado contra la Verdad”. Así, con mayúsculas. En el libro se rastrea este origen de los conceptos de Verdad y Mentira, concebidos como realidades metafísicas, hasta el siglo VI a.C., en los textos sagrados del Zend Avesta, debidos al sacerdote iranio Zaratustra, siguiendo el hilo de su influencia en las tres grandes religiones monoteístas: judaísmo, cristianismo e islam, que consagran el dualismo absoluto entre Verdad y Mentira, Bueno y Malo, el Espíritu Santo y el Maligno. Miguel Catalán sigue minuciosamente las diversas ramas del “árbol zoroástrico” (p.77) hasta llegar a Agustín de Hipona en el primer capítulo de su obra, en cuyas últimas páginas analiza por extenso la hipótesis del anfitrión debida a este autor y atribuida falsamente en muchas ocasiones a Kant, y en este recorrido se muestra por sus pasos cumplidos cómo la mentira, hasta la más insignificante y amable, hasta la benéfica y altruista (la del anfitrión que es interrogado por el paradero de un hombre, culpable o incluso inocente, que se oculta en su casa, por alguien que viene a darle muerte) se convierte en algo absolutamente prohibido por temor a perder la vida eterna.

El segundo capítulo parte de donde acaba el anterior, y sigue el rastro iniciado, yendo desde Tomás de Aquino hasta Habermas. Destacan en

este capítulo, el más largo e intenso de la obra, las páginas dedicadas a Kant, a quien considera “epígono de la tradición eclesiástica”, en quien reverdece el rigorismo de la verdad ejemplificado en Agustín y que, siendo hijo (y predilecto) del siglo de las luces “se encargará de trocar las santas palabras en buenas razones” (p. 88), y cuya posición al respecto de la obligación de la verdad y la prohibición de la mentira (ambas absolutas) desmenuza y somete a un descarnado escrutinio. En este capítulo aparece el argumento supremo de Catalán frente a los que argumentan que la sociedad humana y la comunicación misma perecerían si la verdad no imperara: qué más prueba se requiere, sino que la sociedad existe y también nos comunicamos con notable éxito, mintiendo, como lo hacemos, de forma cotidiana. Casi apunta nuestro autor en la dirección contraria: la más que probable desaparición de toda sociedad y comercio humano si nos dedicáramos con fervor a decir la verdad a todas horas, y a este efecto narra en unas páginas impagables lo que sucede en la Ciudad de la Verdad, Veritas, concebida por James Morrow en una novela igualmente impagable, en la que sus habitantes no dicen sino verdad en todo tiempo y ocasión, y que sólo puede ser lo que es: una sociedad de ficción.

Destripados los más ilustres exponentes del absolutismo de la verdad, pasa a continuación, en el capítulo tercero, a desentrañar el corazón del misterio, contestando a una pregunta que a estas alturas ya urge y pica la curiosidad del lector, según expresión castiza, con ganas. ¿Cómo es que mentimos y abominamos la mentira? ¿No saben los rigoristas lo defendido anteriormente, que todos mentimos y la sociedad no solo no perece sino que florece? La solución al misterio la condensa Catalán en una palabra: fariseísmo. Así, se analizan los variados trucos y patrañas utilizadas para respetar la letra de las normas y traicionar su espíritu. Centrándose en la norma que nos atañe en esta ocasión, el capítulo cuarto versa sobre las “artimañas seudológicas” que permiten a los rigoristas cumplir en la letra (no mentir jamás) traicionando su espíritu (cosa por lo demás necesaria para vivir): no llamar mentira a la mentira que se considera correcta, escudarse en el sentido equivoco de las palabras, la restricción mental y la ocultación de la verdad en el refugio del silencio y la inacción son las estrategias aquí analizadas. Y se muestra en el

análisis algo que ya viene el lector sospechando: cuánto se miente diciendo la verdad.

El capítulo quinto contiene la propuesta positiva de Catalán, tras la demolición hecha en los capítulos anteriores de la norma de la verdad absoluta. Dicho en pocas (poquísimas) palabras, se trataría de admitir, de una vez por todas, que ni la mentira ni la verdad son en sí mismas morales ni inmorales (como no lo son ni el chip ni la imprenta, nos dice el autor), sino que la valoración moral depende de una combinación de las intenciones que tenemos y los efectos que tienen nuestras palabras. Con la conclusión de que tanto el campo de la mentira como el de la verdad están sembrados de frutos variados. Nos recuerda Catalán lo que ya sabemos de sobra (y los rigoristas intentan desconocer): que hay “engaños bondadosos y sinceridad de mala fe” (p. 175).

El libro culmina en su capítulo sexto con una reflexión sobre nuestro tema de mano de las que son quizá las dos figuras más emblemáticas de nuestra cultura, Don Quijote y su escudero Sancho Panza, fanático de la verdad el primero, según mandan las órdenes de caballería, mentiroso el segundo, como corresponde a un villano, que miente con soltura por motivos diversos, entre los que se encuentra la voluntad férrea de mantener a su amo con vida, y también a sí mismo, en medio de las delirantes andanzas a las que su amo le arrastra. Todos mienten en la obra de Cervantes y no sólo Sancho, por diversión, por bondad y por maldad, y por mil y un motivos. Todos menos Don Quijote, que no miente ni tolera palabra fementida, pero que confunde la realidad con sus propias ilusiones y atribuye la verdad del mundo a embelecos de magos y otros engañadores.

Varias cosas he de advertir al lector, para que no se haga una falsa idea del libro que comento. Todos los capítulos tratan de muchas más cosas aparte de las aquí señaladas, y si no comento más no es sólo por falta de espacio sino porque la riqueza del libro, la erudición del autor y lo sinuoso, así como lo profundo, del camino que recorre hacen difícil, si no imposible, reseñar su obra con precisión salvo volviéndola a escribir, pues de un territorio tan vasto y ameno sólo un mapa puede contener todos los datos y detalles: el que coincide con el territorio mismo. Mil cosas se me quedan pues en el tintero. Tampoco debe el lector pensar que se trata por esto de un libro tedioso, lleno de

datos eruditos que se acumulan sin sentido, sesudo, plúmbeo en su sabiduría. Todo lo contrario. Es, como todas sus obras, un libro ameno, lleno de humor, de malicia siempre teñida de humanidad y no dañina, delicioso en suma. Como siempre me pasa con sus textos, más de una vez he tenido que interrumpir la lectura, arrastrada por incontenibles ataques de risa.

Todos mentimos, los adultos, los niños, hombres y mujeres de todas las culturas conocidas (y por conocer), pues la mentira es humana. Como bien dice el autor, mienten también los primates, nuestros parientes cercanos. Pero no hay engaños en este libro, sino un desvelamiento detenido y detallado de esta gran verdad. Lean el libro, para pasar un rato mejor que bueno y aprender cosas buenas y verdaderas. Entre ellas, que el que afirma no mentir nunca dice al menos una mentira más que los que reconocemos mentir. Y que si intentas suprimir toda mentira, pronto la mentira te parecerá verdad.

Casi se me olvida. *Ética de la verdad y de la mentira* ganó el V premio Juan Andrés de ensayo e investigación en ciencias humanas.

Blanca RODRÍGUEZ LÓPEZ

POSADA KUBISSA, L.: *Filosofía, crítica y (re)flexiones feministas*, Editorial Fundamentos, Madrid, 2015, 190 pp.

El hilo que une estas nueve reflexiones de Luisa Posada Kubissa es la perspectiva crítico-feminista, a partir de la cual leer algunos problemas filosóficos, políticos y teóricos. El último capítulo sobre “Igualdad, identidad y construcción” se convierte en un análisis que viene a enmarcar los capítulos precedentes a partir de la reconsideración de la idea de igualdad y su aplicación a la relación entre los sexos.

Los distintos capítulos puede ser leídos independientemente, pero todos están ligados entre sí, de tal manera que el libro adquiere una unidad interna por la que cada capítulo enlaza temáticamente con el capítulo siguiente. Los cuatro primeros capítulos están orientados a la tarea del feminismo filosófico: así, el capítulo I. “De vuelta a Kant y la diferencia sexual” entabla un diálogo crítico con el gran pensador de Las Luces, para desvelar las in-